

Marta Brunet

María Rosa, flor del Quillen

UNA tarde, en la rancho, dijo Pancho Ocares jactanciosamente:

—La mujer que yo quero es mía.

—¡Bah!—contestó Chano Almendras cansado de oírle aquel estribillo. —Claro que la Margara, o la Pata e Piñón, o la Pascuala, esas ¡psch! cualquiera las tiene. Pero otras...

—Otras... ¿Cuáles?

—¿Cuáles? La Carmela Rojas, por ejemplo.

—¡Ja! ¡Ja!—rió Pancho. Una vieja pelleja...

—No es tan veterana—dijo Santos Mujica.

—Y es hartó güena moza—agregó la cocinera.

—Está muy averiá—hablaba Pancho Ocares con desprecio.

No me la mienten a la Carmela Rojas...

—Y de la María Rosa, de la Flor del Quillen ¿qué m'ice?

Un momento Pancho Ocares se quedó pensativo, evocando la figura gentil de la mujer.

Era un mozo fuerino de mediana estatura, que parecía hecho en bronce, tanto el viento y el sol habían tostado su piel. Tenía como belleza en el rostro la dentadura espléndida que le brillaba al reír o en los momentos de cólera, cuando un tic nervioso le respingaba el labio superior. Los ojos redondos y vivos, negros como maqui, estaban demasiado a flor de cara, dándole aspecto de sapo, semejanza que aumentaba la nariz chata y la boca grande, de labios delgados y descoloridos.

Decentón en el vestir, dicharachero y bien plantado, se daba aires de conquistador al pasar frente a las pueblas, elástico el paso, bien ceñido al cuerpo el pantalón por la faja de lana roja, abierta sobre el pecho musculoso y velludo la camiseta a rayas, al hombro la chaqueta, adornada con una flor la chupalla que le sombreaba el rostro. A la mujer que encontraba se detenía a mirarla cínicamente, con una pregunta muda en los ojos y un chasquear la lengua en la boca, que las hacía enrojecer de placer o de vergüenza.

La fama de conquistador, que él mismo se encargaba de propagar, le hacía en torno una atmósfera que atraía misteriosamente a las mujeres, a ciertas mujeres, pues si en realidad podía ufanarse de batallas amorosas libradas con éxito, eran sus contendoras mujeres fáciles, que sólo esperaban un leve signo para enredarse a la aventura.

Enamorado de su fama, tornadizo y voluble, iba el mozo de una a otra mujer, preocupado de que sus conquistas fueran muchas y levantaran comentarios. El goce de amor no existía para él. En sus aventuras únicamente estaba en juego el deseo carnal, pero siempre supeditado al ansia de acrecentar su nombradía.

Y por eso gustaba de atacar las torres sin puertas, de fácil acceso. Cobarde en lo hondo, huía lejos de una posible derrota.

Sentados en la cocina de la rancho, rodeando el fuego que atemperaba el frescor de la tempestuosa tarde de Febrero, los peones comían presurosos en el deseo de ganar pronto reposo de sueño.

Afuera soplaba recio el puelche, amontonando sobre las montañas pesados nubarrones grises, negruzcos, cargados de lluvia. Remolinos de polvo y de hojas se alzaban en espiral para ir a caer sobre el pasto tembloroso de los potreros. Al empuje del viento los árboles se contorsionaban gemebundos. Medio carbonizados por el roce, los troncos altos como mástiles oponían al vendaval su impasibilidad que a veces se abatía, haciendo repercutir fragorosamente los ecos al troncharse.

Los pájaros huían en grandes bandadas, piando lastimeros, ciegos con las nubes de polvo, desorientados por el viento que

los arrastraba. Las cachañas pasaron girando enloquecidas, sin rumbo, disgregadas, llamándose con chillidos agudos.

A cada embestida del viento temblaba la cocina, amenazando caer. Por las rendijas pasaban silbando rachas heladas que hacían vacilar las llamas del hogar, obligando a los peones a arrebujarse friolentos en las mantas.

La puerta estaba abierta para dejar salir el humo, pero a veces humo, polvo y viento entraban por ella cegadores. Los hombres y la mujer carraspeaban hurlando la cara y seguían comiendo con una pasividad de bestias. ¿Qué hacerle? La vida es así...

—La María Rosa—dijo al fin Pancho Ocares—la María Rosa tiene que ser como toas. Guaina y casá con viejo, es seguro qui'acabará buscando consuelo... Too es saber proponérselo. Mire, compañero, la mujer que no quiere por la güena, quiere por la mala. La que no quiso poniéndole linda carita, quiere cuando li'han dao una frisca. Son muy caprichudas las mujeres. A unas les gustan los cariños, a otras los palos. El cuento es saber entenderlas y ser muy hombre.

—O muy farsante—concluyó Cachi Roa, el fogonero, con la superioridad que le daban los muchos años pasados en la ciudad y sus puños como mazos.

Panch^o lo miró por sobre el hombro y volviendo la cara con un gesto despectivo dijo sin dirigirse a nadie:

—Cuando un burro rebuzna...

—Toos los demás burros se callan y el primerito que debe callarse es usté, qu'es el más burro e toos—contestó Cachi buscando sus ojos.

—Es que... —y los ojos de sapo huyeron la mirada que adivinaban retadora y se fueron por la puerta abierta, quedándose prendidos a las lejanías nebulosas.

Dentro le bullía el deseo de pegarle a Cachi. Lo detenía el miedo de ser vencido, porque al medir fuerzas con otro mozo obraba con el mismo fin que al asediar a una mujer: teniendo en cuenta la fácil victoria. Y aquel Cachi con sus manazas era capaz de deshacerlo de un golpe.

Callaron un largo rato.

—¿Queris más?—preguntó la cocinera a un muchachón que habiendo terminado de comer la contemplaba embobado.

—Güeno, pué—y le alargó la fuente.

Mientras la mujer lo servía llena de melindres, los peones cambiaron una mirada y una sonrisa maliciosa. Aquellas coquetías y aquellas atenciones indicaban quién estaba de turno, pues aunque Chano Almendras no la incluyera en la lista, tenía ella perfecto derecho a figurar junto a la Márgara, la Pata de Piñón y la Pascuala.

—¡Caramba con la nohecita!—exclamó un viejo.

—Vamos a tener frío como diaulos—dijo un mozo.

—Too será que la rancha con este viento no se nos venga encima.

—Más abrigoos estaríamos ¡je!—rió Santos Mujica.

—¡Condenao!—aspeando los brazos la cocinera se alzaba furiosa.

—¡Ah! ¿Qué?—exclamaron los hombres mirándola, sorprendidos e interrogadores.

—¡Ah, perro! ¿Hasta cuándo vis a lamber l'olla?—prosiguió la mujer vociferando iracunda.

Y como el perro, con la cabeza sumida en la olla, no le hiciera caso, le arrió al cuerpo una rama ardiendo que lo hizo huír enloquecido, aullando el dolor de la quemadura.

Los hombres contemplaron la escena con indiferencia y luego volvieron a lo que los preocupaba.

—Lo mejor sería que durmiéramos aquí—propuso el viejo que se había puesto en pie y, desde la puerta, examinaba el crepúsculo desapacible.

—Ya está que cae l'agua—dijo Santos Mujica.

—Aunque aquí haigan goteras, nunca son tantas como en la rancha.

—Yo no sé hasta cuándo vamos a dormir en ese chiquero.

—Hasta que se declaren en huelga—contestó Cachi Roa—en el norte estas cosas ya no se ven. Aquí ustedes viven muy atrasados y se dejan atropellar por cualquiera.

—No sé cómo serán las cosas en el norte—hablaba el viejo sosegadamente, transido de amargura—pero el cuento es qui' aquí too es distinto. Acuérdense de los apuros que pasamos en el otro año por hacerle caso a ese fuerino qu'estuvo pa la cosecha y qu'era federao. Hicimos la huelga, juimos onde los patrones a pedir más salario pa nosotros, mejores pueblas pa la familia y escuela pa los mocosos. Si no nos hacían estas mejoras naiden trabajaba. Tres días estuvimos sin contesta, afligíos con l'espera. Y al tercer día llegaron los carabineros; al fuerino lo tomaron preso y en toas las pueblas se dió orden de desalojar. ¿P'onde íbamos a d'irnos? Nos echaban a toos, a toítos. ¡Jué terrible! No tuvimos más qui'agachar la cabeza y seguir trabajando en las mismas condiciones. Pa leución ya habimos tenío bastante...

—¡Eso jué pura cobardía! ¿Por qué no se jueron?

—¿P'onde? Cuando se tiene familia: mujer, chiquillos y bestias está uno muy amarrao pa moverse así no más.

—Pero el cuento es que siguen viviendo pior que perros.

—¡Qui'hacerle! Hay que conformarse con el Destino...

—Esas son leseras. Ya ve yo. Llegué este año, al tiro puse mis condiciones y me las aceutaron. Tengo ocho pesos al día, comida y una güena pieza pa dormir en la casa del mayordomo.

—Será suerte suya. Nosotros quisimos poner condiciones y ya ve como nos jué.

—Se güelve a la carga, se porfía, se mete mieo en último caso.

—Y acaba uno en el retén molío a palos por los carabineros... No, compañero, nosotros no tenemos más que conformarnos con el Destino.

—Si es gusto...—se puso en pie, metió la cabeza por el cuello de la manta de castilla y se dispuso a salir.—Me voy antes que mi'agarre l'agua. Güenas noches.

—Tan bravo que lo han de ver y le tiene mieo a l'agua—dijo Pancho Ocares con ironía que buscaba caer en gracia.

Hacía rato que esperaba la ocasión de molestar a Cachi Roa.

—¿Qué?—preguntó el fogonero que no alcanzara a oír.

—Na—contestó la cocinera queriendo evitar un choque.

—Ice que tan bravo qu'eres y le tenís mieo a l'agua—dijo Chano Almendras que aburrído con las fanfarronadas de Pancho quería darle fin.

—A una mojadura le tengo mieo, pero lo qu'es a usté no—exclamó Cachi con fiereza.

Un momento se detuvo esperando que actitud tomaba Pancho, mas como lo viera fingiendo indiferencia seguir sentado, perdidos los ojos en la negrura de la noche que llegaba, hizo un movimiento despectivo con los hombros, dió nuevamente las buenas noches y salió.

—Sos como quiltro—dijo Chano con voz punzante—sos como quiltro no más... Le hacís guapos a toos y cuando vis peligro arrancás a perderte. ¡Puál!

Pancho había vuelto la cara y con la cabeza gacha lo miraba por entre las pestañas, mostrando los dientes brilladores en el gesto familiar de sus cóleras. Comprendía que había que pelear para no quedar en ridículo, para no mostrarse cobarde. Chano Almendras no era un adversario tan temible como Cachi Roa.

—¿Yo?—y se alzó como disparado por el banquillo, cayendo sobre Chano desprevenido.

—¡Ah! Bestia...

—Pégale duro—dijo el viejo a Chano.

—Rómpele los hocicos—aconsejó otro.

—Da que no alardée tanto—concluyó la cocinera.

Chano se repuso al instante y de dos golpes dominó al agresor, de otro, dado como le decían en los hocicos, lo tiró violentamente contra las tablas de la pared.

Aturdido, Pancho lo miraba con ojos estúpidos. Luego se pasó la mano por la boca y escupió sangre.

—Da que aprienda hacerle guapo a los hombres—díjole Chano que volvía a sentarse.

—P'otra vez me las pagarás bien caras—contestó el otro con rencor.

—Y en cuanto a mujeres, contentate con la Pata e Piñón—volvió a decirle Chano con burla que hizo reír a los demás.

—Eso lo veremos. Bien pue ser qu'en vez de contentarme

con la Pata e Piñón, me contente con la Flor del Quillen.— Y antes de que nadie tuviera tiempo de contestar, con gran empaque, soberbio en su derrota, salió sumiéndose en la boca negra que abría la puerta sobre la noche.

Afuera, en la obscuridad pegajosa por la llovizna que empezaba a caer, el mozo se defendió del viento y caminó presuroso hasta la rancho.

Iba lleno de ira que no sabía contra quién volverse.

Abrió violentamente la puercecilla desgoznada y ya dentro, gateó hasta el fondo por ver si allí colaba menos el viento.

Las tablas apoyadas unas contra otras en un extremo, separaban el otro lo suficiente para formar un callejón triangular y hondo, cerrado en un extremo por una quinchá, en el opuesto por la puercecilla. Abajo había paja para servir de lecho.

Aquello era la rancho, esa lindeza que el terrateniente sureño ofrece como vivienda al peón que de paso en la hacienda— por un salario mínimo—le deja su esfuerzo transformado en oro de sementeras, en cobre de barbechos, en plata de taladuras.

El mozo se tendió de bruces, cruzó los brazos y en ellos apoyó la cara, quedándose ensimismado.

¿Qué creían de él los peones? ¿Qué todas sus queridas eran de la calaña de ña Pata de Piñón, esa china mugrienta? ¿Qué no era capaz de conquistar a la Flor del Quillen?

Las mujeres ¡bah! bien las conocía... En el fondo todas eran iguales. Unas demoraban más en entregarse, otras, menos; unas querían cariños, otras palos; unas rodeaban de secretos su pasión, otras la decían a gritos. Pero el fin de todo ¿no era el mismo?

¿La Flor del Quillen? A lo mejor resultaba que aquella mujer que todos creían santa estaba harta del vejestorio del marido y de inspirar tanto respeto, ansiando en su corazón que llegara uno bastante audaz para tomarla y hacerla suya. ¿Por qué no? Cosas más raras había visto él.

Todo consistía en avistarse disimuladamente con la mujer y ver como recibía las primeras insinuaciones. Si la aventura se presentaba bien, inmediatamente empezaría a propalarla ¡y cómo rabiarian y lo envidiarían todos!

¿Y si la mujer lo rechazaba?

Volvía a formularse la pregunta con recelo creciente, porque en lo hondo, muy agazapado, estaba el sentimiento de verdad que quería alzarse para recordarle muchos desdenes recibidos y ocultados cuidadosamente. Pero esa voz él no quería oirla y no la oyó.

Si la mujer lo rechazaba... ¡Bah! Ya sabría inventar algo... ¿Qué nadie lo creería? Tal vez. Pero aún sin creerlo, dentro llevarían la duda.

* * *

A María Rosa—la Flor del Quillen—la casaron sus padres tres años antes con don Saladino Pérez, un viejo sesentón acartonado por el trabajo rudo de campero, sin reparar en la diferencia de edades que en lo futuro podía hacer surgir una tragedia en la vida del matrimonio.

Tenía María Rosa una agradable figura de adolescente. Alta, delgada, morena, apenas diseñadas las formas, vestida pulcramente, un aroma de honestidad parecía envolverla. La cara de óvalo alargada, la frente amplia, los ojos verdes, anchos, húmedos, pestañudos; la nariz aguileña, la boca grande un tanto caída en las comisuras, la barbilla aguzada, el conjunto todo que parecía enflaquecido por el crecimiento, le daba a los dieciocho años un aspecto de niña en la cual el tiempo aún no ha terminado su obra de modelar.

Los movimientos eran ágiles, pero sin armonía y hasta la voz destemplada en los agudos era característica a la pubertad.

El carácter era serio, reservado, observador. Era dulce y ensoñadora. Muy nerviosa, una alegría o un dolor la impresionaba hasta lo hondo, haciéndola huir de todos para ocultar su contento o sus lágrimas. Desde muy pequeña se aplicó a los quehaceres domésticos, evitando las algaradas de sus hermanos mayores y desde entonces fué habituándose a oír murmurar estas palabras a sus padres:— «Como la María Rosa no hay ninguna».

Y la convicción de que no había ninguna como ella le hizo

lentamente un alma de orgullo, cerrada y fiera, que al correr de los años creció hasta ser la base de su personalidad.

A veces—niña al fin—sentía bullir en ella el ansia de irse con los hermanos potrero adelante, corriendo y gritando como bestezuelas montaraces, pero el deseo de mostrarse distinta la inmovilizaba junto al huso, hilando pacientemente, resarcida de su sacrificio, cuando al llegar los chiquillos, desarrapados y sudorosos, felices y jadeantes, la madre les señalaba a María Rosa diciendo las palabras rituales:

—Fijense en la María Rosa. Así debían e ser. Cierto que como ella no hay ni'una.

La niña inclinaba la cabeza sin dejar ver la alegría de sentirse por aquel elogio colocada en sitio único.

Mansamente trascurrió su niñez y su adolescencia. Era una excelente dueña de casa. Sólo en ese sentido se habían desarrollado sus aptitudes: el cerebro estaba vacío de toda instrucción: en el corazón, por ahí perdida en un repliegue obscuro, se hallaba una pinta de piedad religiosa, una vaga idea de Dios a quien temía y una tibia devoción por la Mamita Virgen. Era todo.

Ya jovencita, un día le dijo su madre con júbilo que irradiaba en su mirar y en su sonreír.

—¿Sabís? Don Saladino Pérez se quiere casar con vos. Se lo ijo a tu Taita enantes no más di'amigo, amigo. ¿Qué te parece tu güena suerte? Cierto que vos too te lo merecís... Es un hombre tan comedido don Saladino Pérez. Y trabajador como pocos. No s'hubiera fijao en cualesquiera. Ya vis vos los años qui'hacen que se le murió la finá y hasta agora no había encontrao ninguna que le gustara. ¡Güeno la suerte grande qui'habís tenío!

María Rosa aceptó sumisa y gozosamente el novio que le proponían. Desde pequeña oyó hablar del matrimonio como del único fin a que debe aspirar la mujer. Cuanto más jovencita se llega a esa meta tanto mejor: más pronto se libra de un «mal paso».

Porque pasada cierta edad sin conseguir marido, en la vida

de la montañesa librada sin defensa alguna a sus instintos, irremediablemente, fatalmente, surge el amante. Sin religión, sin instrucción, viviendo en contacto directo con la naturaleza, la gran fuerza acaba por echarlas en brazos de un hombre, marido o amante, poco importa, con tal de seguir el obscuro e imperioso deseo.

Se guarda a la jovencita en espera de que llegue el marido, porque ya que no la religión y la moral hace preferible el marido al amante, lo hace la conveniencia de gozar cierto prestigio por estar «bien casá».

Se guarda a la jovencita. La jovencita espera con los ojos bien abiertos. ¿Qué misterio habrá para ella si vivió con sus padres en un cuarto común, si la naturaleza que la rodea revela también a cada paso su secreto?

Espera, espera, espera... ¿Pasó la flor de la edad? ¿No tiene ya la tez el aterciopelado de los duraznos? ¿No está la carne prieta y apetiosa? Entonces... ¡Bah! La fruta madura cae, si una mano no la coge a tiempo.

La joven... ¿Cayó? ¿Rodó? Ella bien sabía. ¡Para qué fué tonta! Y la vida, indiferente, sigue su canción de goces, de dolores, de noblezas, de vergüenzas.

Para María Rosa llegó a tiempo don Saladino Pérez, con su vejez mantenida sana y viril mediante una vida morigerada. La muchacha tenía por entonces los sentidos embotados. Después... después... Las aguas dormidas son las peores.

A pesar de sus sesenta años don Saladino podía tenerse tieso junto a cualquier mozo. Ninguno como él resistía las pesadas jornadas arreando piños de animales vacunos desde la Argentina; ninguno plantaba un lazo con mayor destreza; ninguno caracoleaba el caballo con mayor donosura en los días de holgorio.

Mediano de porte, arqueadas las piernas, de atleta el tórax, una cabeza de patriarca suavizaba cuanta fiereza había en la figura. Los pelos y las barbas blancas dejaban solamente libre la frente estrecha, los ojos enormes—color de tabaco, dulces y leales—la nariz huesuda y la boca sumida por la falta de los

dientes superiores, que le volaran al caerse siendo muy joven de un potro chúcaro que domaba.

De su anterior matrimonio le habían quedado dos hijos, bravos muchachos que permanecieron en la hacienda hasta hacerse mozos. Entonces se echaron a «rodar tierras», empujados un poco por ese vagabundaje latente en todo chileno y otro poco por el horizonte que abriera ante sus ojos la instrucción primaria recibida en la pequeña ciudad cercana. Ellos no se avenían con la vida paupérrima del gañán montañés, tenían rebeldías y altiveces que escandalizaban a don Saladino. Hasta que cansados de batallar en vano con la administración de la hacienda exigiendo mayor salario y mejores pueblas, partieron los dos mozos en busca de la ciudad prometedora de holgura.

El padre—apegado con un ciego amor a la tierra que lo viera nacer—reconocía allá en lo recóndito que tenían razón los mozos, pero tras mucho cavilarlo, acababa por decir moviendo lentamente la cabeza:

—Los pobres habimos nació pa trabajar y sufrir.

Era un padrazo como había sido un buen marido y un excelente hijo: por bondad natural que fluía de su corazón callada y perennemente, oponiendo a la miseria, al dolor y a la muerte, un fatalismo resignado y una esperanza en otra vida eterna y feliz.

La soledad en que lo dejaran los hijos al partir lo hizo formar la idea de volver a casarse. Buscó en torno una mujer que le conviniera y por bonita, buena y prolija lo atrajo María Rosa, la hija pequeña de su compadre Pedro Quezada.

De acuerdo con los padres, se decidió don Saladino a cortejar a la muchacha que, a su vez prevenida por aquéllos, se dejaba ir por el suave descenso de un noviazgo tranquilo que pronto terminó en matrimonio.

De recién casada a María Rosa la habían rondado insistentemente los hombres atraídos por el verdor de su juventud que el viejo desdentado tal vez no alcanzaría a saborear. María Rosa rechazaba firme e indignada hasta la sombra de un coqueteo. Le daba pena y rabia que pensaran en ella «para esas maldades».

Era un sentimiento complejo que la hacía apearse a don Saladino, queriéndolo más, sirviéndolo mejor, agradeciéndole que la hubiera hecho una mujer honrada y no una perdida, como era el deseo de los otros. Luego, de esa gratitud, surgió un manso afecto que la hacía feliz junto a aquel marido aceptado indiferentemente.

Pero lo que más la ufanaba, lo que le esponjaba el alma, era el verse la más bonita de las mujeres de la hacienda, la que gozaba de mayores consideraciones, la que poseía más comodidades en la puebla. Era un orgullo humilde que vivía en el fondo de sí misma, sin exteriorizarse, alimentado en la conciencia de su propio valer.

Cansados de rondarla en vano acabaron los hombres por mirarla con respeto, haciéndole en torno una atmósfera legendaria, llamándola la flor del Quillen, sin atreverse a un chicoleo ni a una mirada audaz.

Vivía el matrimonio en lo alto de una quebrada, junto al río Quillen. La puebla tenía por fondo el monte, compacta masa de árboles verdinegros, en que los robles viejos ponían la nota plateada de sus troncos desnudos. Entre el monte y la casa se extendía la huerta cerrada con «palo botado», árboles medio carbonizados o secos, restos de roces y taladuras, que a larga unos sobre otros servían de cerca. Dentro se alineaban los camellones con papas y cebollas, una ringla de repollos prietos y pomposos verdeaba en un extremo, las remolachas asomaban sus hojas rojizas más allá y el resto lo llenaban las arvejas al trepar por los tutores.

Un hilo de agua que venía del monte pasaba callado y transparente por la huerta, yendo a formar fuera de la empalizada una poza que servía de bebedero a las aves de corral.

La puebla estaba compuesta por dos edificios y un cobertizo, todo ello construido con maderas toscamente elaboradas. La casa habitación sólo tenía una pieza de cielo raso, sin solar, sin luz. Pero dentro estaba el menaje tan limpio que cobraba el interior aspecto amable.

Delante la casa tenía un corredorcillo, luego venía el jardín policromado por flores humildes: amapolas bellas, pensamientos,

violetas, cosmos y una que otra rosa. Una cerca de coligües cerraba este tesoro, aislándolo del camino.

Después empezaba la bajada de la quebrada hacia el río Quillen. No había árboles, y un trébol bien oliente llegaba hasta el borde del agua, abajo, en la hondanada. En la otra orilla aparecían los árboles, dispersos, dibujándose nítidos en la falda de la montaña en ascenso, con la sombra junto sobre el amarillo del trigal segado. Detrás otra montaña mostraba su lomo, azul por la lejanía.

El camino bajaba serpenteando hasta meterse en el puente de cimbra y luego, bordeando la ribera fronteriza, se perdía en una violenta curva.

En el extremo del jardincillo un maitén esférico se alzaba sobre el pulido tronco cilíndrico, tan perfectamente recortado, que parecía un árbol de juguete o un dibujo modernísimo simplificado hasta el infantilismo.

Bajo su sombra, sentada en un banco, María Rosa tejía penetrada obscuramente por el ardor del sol sobre la tierra mojada. No alcanzaba a comprender lo que alegraba su ánimo, ni lo que hacía ágiles sus dedos: se dejaba vivir gozando inconscientemente de la dulzura del momento.

El resto del asiento lo ocupaba Perico, el gato, bola de sedosos pelos negros que dormitaba placentero. Se le oía ronronear en la enorme quietud de la tarde montañesa, como también se percibía el bullir de unos pájaros que tenían su nido en el maitén.

Era un silencio en que la naturaleza parecía extasiarse. Con las hojas recién lavadas por la lluvia los árboles se inmovilizaban bajo el sol que los bruñía, haciendo fulgurar las gotas de agua.

Un agrio olor que embriagaba subía de la tierra en germinación, y ese trabajo sordo era lo que tal vez daba a la naturaleza su gracia maternal.

En la atmósfera radiante el paisaje tomaba contornos nítidos, deslumbradores en sus tonos sin sombras. El trébol tenía una sola gama verde y el trigal segado un solo matiz amarillo,

abajo el río era azul, reflejando el cielo, el camino se diseñaba negruzco y el puente rojo flameaba en lo hondo de la quebrada.

María Rosa tejía contando los puntos a media voz;

—Uno... dos... tres... dos cadenetas... vuelta...

Perico dormitaba hecho una rosca.

Entró al jardín, zumbando, una abeja, y Perico abrió un ojo verde, uno solo, enorme, con una estría verde al centro y se quedó mirando al insecto de oro que volaba alto. Demasiado alto, debe haber dicho Perico, porque cerró el terciopelo negro de su párpado y siguió dormitando.

—Uno... dos... tres... vuelta... —contaba María Rosa.

Se sentían pasos por el camino y la mujer alzó los ojos de la labor, mirando curiosamente por sobre la cerca.

Era Pancho Ocares que siguiendo su plan venía a otear el terreno. Al ver de pronto a María Rosa—que hasta entonces ocultara la cerca—perdió todo su aplomo y apenas si atinó a sacarse el sombrero y a decir balbuciendo:

—Güenas tardes.

—Güenas tardes—contestó la mujer.

Y como el mozo, ya cubierto, siguiera bajando hacia el río, María Rosa se quedó pensativa, preguntándose para adonde iría por aquel camino que sólo llevaba a los potreros trigueros, ya segados.

Había conocido a Pancho Ocares en la emparva, cambiando con él una que otra frase ritual e indiferente. Luego no volvió a verlo. ¿A dónde iría por aquel camino?

Como no encontrara contestación a la pregunta, María Rosa acabó por encogerse de hombros y seguir tejiendo afanosa.

Una hora después volvía Pancho Ocares cargado de maqui.

Absorta en su labor la mujer había olvidado su anterior pasada. Al sentir ruido levantó vivamente la cabeza y al reconocerlo le sonrió, sin perder la expresión reservada de su fisonomía.

También Perico interrumpió su ocupación de acicalarse los bigotes, quedándose con una mano en alto y la cabeza vuelta

en un violento escorzo—gracioso y elegantísimo—mirando al extraño con redondos ojos recelosos.

—Está que da gusto el maqui a l'otro lado del río—dijo Pancho Ocares.

Aunque traía preparada la frase y contaba con detenerse para ofrecerle una rama a la mujer, la desconfianza le engolfó la voz, empujando sus piernas camino adelante.

—Hay hartazo—contestó ella maquinalmente.

Por la noche, cuando llegó don Saladino, dijole María Rosa que Perico llevaba cazadas dos lauchas, que Pancho Ocares—el fuerino—había pasado para el otro lado del río a buscar maqui, que la gallina calchona tenía ya tres pollitos, que las tortillas estaban ricas, que...

El viejo, derrengado en un piso, mascaba la comida despaciosamente, medio adormilado por el tonillo cantante de la voz que narraba las menudencias cotidianas.

Para María Rosa la pasada de Pancho Ocares no tenía importancia ninguna, ni ninguna le dió a las que hizo en los días siguientes.

Una tarde, de regreso del río, el mozo se detuvo junto a la cerca alargando a María Rosa un gajo de maqui, negro de frutos dulcísimos.

—¿Quére aprobarlo?

—Muchas gracias—y recibió la rama.

Hubo un corto silencio embarazoso.

Pancho Ocares la miraba a hurtadillas tratando de adivinar qué camino debía seguir con aquella mujer que lo acogía naturalmente, sin rubores ni sobresaltos, mirándolo a los ojos, serena y reservada.

Le llamaban la Flor del Quillen porque ninguna mala historia se enredaba a ella. Decían que era una señora, una verdadera señora en su comportamiento. Pero ¡bah! también las señoras tenían sus debilidades, por muy señoras que fueran...

¿A María Rosa le gustaba ser señora? Pues a tratarla como tal. Y se hizo humilde, pequeñito, con ese anulamiento de su

personalidad que el peón sureño finge necesariamente ante el superior despótico.

Y tratándola como a una señora, dió en el punto vulnerable de la mujer.

—Yo quería icirle que l'otro día no me alimé a ejarle una ramita e maqui... Me dió tanto mieo que juera a creer qu'era falta e respeto...

María Rosa lo escuchaba halagada y la sonrisa que sólo estaba en sus labios subió a los ojos, encendiendo en ellos una luz de orgullo.

—Me voy ya—prosiguió el mozo.—Cuando se li'ofresca ya sabe onde tiene un servior... pa too lo que usté quiera mandar... Pa mí, usté es como si juera otra Patrona... Güenas tardes, señora María Rosa...

—Güenas tardes—contestó sonriéndole con íntimo gozo.

Ido Pancho Ocares, sus palabras quedaron repiqueteando alegremente en su interior. Era como si en ellas hubiera el mozo cristalizado el sentido de su vida íntima.

Casi todas las tardes pasaba Pancho Ocares frente a la puebla. A veces sólo cambiaban un saludo, otras charlaban brevemente diciendo frases esparcidas por silencios en que sonreían al mirarse. Y Pancho se iba congratulándose del buen cariz que llevaba la aventura, diciéndose que tenía mucha razón al juzgar iguales a todas las mujeres.

Mientras María Rosa quedaba haciendo cuenta de las atenciones del mozo, encantada de provocar en un fuerino todas aquellas muestras de respetuosa admiración.

—Pancho Ocares pasó pal monte—decía a don Saladino—y a la güelta me trajo cohiles.

—¡Mira qué comedido!—decía el viejo con su lenta voz de sordina que solía enredársele a una sílaba, haciéndolo balbucir.

—Es muy fino y muy respetuoso. Así debían e ser los mozos e l'hacienda y no tan lerdos como son... Apenitas saben dar los güenos días.

Pero al viejo le interesaban otros asuntos y cambiaba el tema:

—Figúrate qu'el Corbata se nos enmontañó y no lo habimos podío encontrar. ¡Es toro muy fregao!

—¿Y que van hacer?

—Mañana vamos a d'ir toos al alba pa ver si lo sacamos. Lo pior es que carga, el remañoso.

—No les vaiga pasar algo.

—¡No te apurís por eso!

Trascurrían monótonamente los días y Pancho Ocares se impacientaba porque María Rosa no se daba por apercibida de su asedio. Hasta que una tarde—cansado de rodeos y de frases vagas—expuso a la mujer estupefacta su sentir y su esperanza.

—Si no me quiere por la güena me quedrá por la mala, pero querer me tendrá que querer. Como mi Rosita es una pura miel me quedrá por la güena. ¿No es cierto, mi Rosita di'oro?

La mujer lo oía sin interrumpirlo. ¿Era a ella, a la María Rosa, a la Flor del Quillen, a la que aquel sinvergüenza se atrevía a dirigirse así? Y a fuerza de asombro lo miraba con pupilas dilatadas, extrañas, que el mozo creyó de aquiescencia y que lo animaron a acercarse y a buscar con la suya de sapo la flor de amapola que era la boca de María Rosa.

El movimiento sacó a la mujer de su estupor.

Recién pasado el meridiano el calor extenuante adormecía la naturaleza en un pesado letargo. Aumentaba el bochorno un roce que ardía en el horizonte, con el humo espeso inmovilizado encima. A veces se sentía el fragor de los árboles al caer, que los ecos enviaban de una a otra quebrada con larga porfía. Otras veces un golpe de viento arrastraba el humo sobre los campos, dejando la atmósfera impregnada de un olor acre y pegajoso.

Pancho Ocares y María Rosa charlaban en el cobertizo. A sus pies se amontonaba la leña para la hornada del siguiente día.

Bruscamente María Rosa se inclinó a coger una gruesa rama y alzándose amenazadora, dijo al mozo con voz que flagelaba:

—¿Qué te habís figurao vos, cochino? Ándate al tiro si no querís que te alime los perros.

—¡Ah!—exclamó Pancho sorprendido por la actitud ofensiva de la mujer.

La miraba con las cejas juntas sobre los ojos en que se concentraba toda la fuerza de su deseo. Esperaba que su declaración fuera recibida con tímidas protestas, con fingido rubor. Comprendió que esa ira tan sincera sólo se podía dominar con audacia y lentamente fué avanzando, buscando sus manos las manos que blandían el palo, buscando sus ojos los ojos en que brillaba el desprecio, buscando su boca la boca que sellaba el asco.

—Mi Rosita—decía con voz de caricia—Mi Rosita preciosa... ¿Querís pegarme? Güeno, pégame no más... Pégame... ¡Mi palomita! Pégame...

Las manos alcanzaban ya las manos crispadas sobre el madero, los ojos hipnotizaban los ojos estrábicos por la sorpresa, la boca estaba tan cerca que el aliento del mozo se le entraba a María Rosa por la boca que le abría el paroxismo del terror.

Lo veía acercarse pensando que estaba sola en la puebla, que los perros dormían la siesta en la cocina, que luchando llevaría la peor parte, que huir era lo mejor.

Pero antes de echar a correr bajó el palo con todas las fuerzas de su miedo sobre una de las manos que avanzaba a tomarla y huyó como loca a encerrarse en la casa.

—¡Ah! Bestia... Me las pagarás bien caras—gritó Pancho.

Ella creía que la había seguido y desplomada junto a la puerta la empujaba con todo el cuerpo, castañeteándole los dientes, con chiribitas en los ojos, queriendo mirar por una rendija qué sucedía afuera y sin poder ver hasta pasado el vértigo del terror.

Pancho permanecía en el mismo sitio, caído el brazo que recibiera el golpe, cerrado el ceño en una horizontal de odio.

El despecho lo llenaba de un feroz deseo de venganza. ¿Por qué no realizarlo inmediatamente? ¿Por qué no avanzar a derribar la puerta? ¿No estaba la mujer sola a su merced?

Dió un paso y el movimiento hizo nacer un dolor agudo que corrió de su mano al hombro. Se detuvo. Sobre el dorso de la mano una ancha línea roja empezaba a levantarse tumefacta.

Entonces cambió de dirección y lentamente se llegó al bebedero de las aves, mojó el pañuelo y envolvió la mano que se hinchaba más y más.

Esperaría. Total: lo mismo. Antes o después la mujer sería suya. Mientras, él seguiría tejiendo la red de insidias que ya iba mermando quilates a la reputación de Flor del Quillen.

Siguió andando, alejándose. De pronto se detuvo, volvióse y con el puño cerrado amenazó la puebla.

María Rosa—que con la cara pegada a la rendija seguía atenta y angustiosamente sus movimientos—tuvo la sensación de recibir el golpe que aquel puño enviaba desde lejos y cayó desfallecida, dándose de bruces en el suelo. Fué un desfallecimiento de un minuto. Cuando se alzó a mirar de nuevo, el hombre no se veía.

Entonces se puso en pie. Le temblaban las piernas y dando tastabillones pudo alcanzar la cama, tumbándose deshecha en sollozos.

¿Por qué lloraba? Primero fué el miedo, la tensión nerviosa lo que la hizo sollozar. ¿Después? No sabía... Era algo confuso, una serie de sensaciones rápidas y agudas: tristeza porque el mozo se había reído de su buena fe, cantándole alabanzas mentirosas; rabia contra sí misma por haberse dejado engañar como una tonta; vergüenza por lo que Pancho esperaba de ella.

¿Entonces cualquiera podía llegarle, decirle palabras quemantes, proponerle, o, más exactamente, no proponerle nada, sino que luego de la declaración avanzar a tomarla como cosa propia?

Recordaba los hombres que la habían cortejado de recién casada. Cierto era que aquellos iban desde las primeras palabras dejando ver su juego, las lagoterías de Pancho Ocares no las había tenido nadie. A los que habían venido abiertamente, también abiertamente los había rechazado ella. Pero Pancho ¿cómo maliciar?

Hacía una especie de examen de todas las entrevistas que tuvieran y nada sospechoso encontraba en la actitud del mozo,

ni ninguna coquetería alentadora veía en su propia actitud. ¿Cómo empezó? ¡Ah! sí. Estaban hablando de que la leña de espino era la mejor para calentar el horno. Después de un largo silencio había dicho:— «Mi Rosita quería...»

¡Oh, qué horror! De no haber huído ¿qué no hubiera pasado? Y esto «lo que hubiera pasado» le sublevaba las entrañas en un espasmo repulsivo que le humedecía el cuerpo.

Volvió a ver la cara del mozo, cerca, cerca, casi tocando la suya. Veía los ojos que inmovilizaban su mirada. Sentía el aliento cálido metérsele ser adentro. ¡Oh!

De un brinco se tiró al suelo, quedándose en medio de la habitación alelada por la ola extraña que un momento la cogió en su rodar. Parecía observarse, esperar algo, no sabía qué, pero algo enorme y pavoroso que iba a suceder de pronto.

Lo que pasó fué que sus piernas se doblaron, cayendo de rodillas, llorando angustiosamente, reforciéndose las manos con gestos bruscos, desesperada porque sentía en la carne tremante la fiebre de «lo que no había pasado».

* * *

Eran cinco las carretas entoldadas que lentamente iban subiendo montaña arriba, en busca del claro en que permanecerían mientras durara la cosecha de piñones.

El camino abandonado, lleno de pedruzcos y baches, trepaba en curvas violentas hacia la cumbre. Era la última repechada que faltaba por ascender en aquella sucesión de montañas que se escalonaban hasta llegar a las primeras estribaciones de la cordillera.

A trechos se daba un descanso a los bueyes. Detenida la caravana en terreno plano, bajaban todos a desentumecer los músculos, platicando alegremente, embriagados de holganza y contento.

Pero luego daba don Saladino la voz de partida, se instalaba en su carreta que era la primera, María Rosa se acurrucaba

a su lado y con un largo:—¡Arre! ¡Güey!, el viejo ayudado por la picana ponía en movimiento la yunta.

De baranda a baranda llevaba la carreta un toldo de colihues cubierto por una colcha abigarrada, abajo varios sacos, mantas y choapinos servían de asiento a María Rosa. De las barandas colgaba un canasto, un tarro, una olleta, unas prevenciones y una guitarra. Dos perros lanudos trotaban detrás.

Las otras carretas iban aperadas más o menos lo mismo, con la única diferencia notable que una llevaba amarrado a una soga un cerdo que a veces se negaba a caminar, provocando divertidos incidentes. Varios chiquillos bajaban entonces de las carretas con lijereza de monos y con grande algazara, entre los gritos de los hombres, los chillidos de las mujeres y los ladridos de los perros, arreaban al cerdo, obligándolo a caminar. Pero como estas escenas fuéranse haciendo cada vez más frecuentes, acabaron por liar al cerdo en un saco, amarrarlo y echarlo a la carreta con gran holgorio de todos, ya que el prisionero berreaba protestando, desesperado y ensordecedor.

La vegetación era más salvaje que en la hacienda. Allí el hombre había pulido su belleza, sacando a luz mediante el hacha y el fuego la tierra aterciopelada de pasto, dejando ver en lo hondo de las quebradas los ríos rumorosos, echando por los potreros la bendición de los canales fecundadores, trazando las sierpes brunas de los caminos, dibujando las líneas grises de las cercas de palos.

Aquí no. Aquí los árboles lo llenan todo. Árboles verde claro, verde oscuro, verde negro, pequeños, medianos, grandes, enormes, alegres, meditativos, atormentados, florecidos, en fruto, semillados.

Verde claro el palo santo que da a los vientos su perfume exquisito, verde oscuro el maitén pomposo que pide decorar un parque, verde negro el lingue de hojas gruesas y lustrosas como esmalte, pequeño el michay espinudo punteado de negro por los frutos azucarados, medianas las quilas esbeltas y flexibles, susurrantes y secreteras, grandes los raulíes greñudos, enormes los robles de troncos rugosos acusadores de vejez.

alegres los avellanos en el cambiante color de sus bolas rojas, amarillas y negras, meditativas las araucarias que añoraran el pasado glorioso, atormentados los árboles secos próximos a ser derribados por la muerte, florecidas las fucsias en campanas rojas y violáceas que asoman el badajo blanco, en fruto los cohiles que gustan a chirimoya, semilladas las copihueras que amorosamente se abrazan a los troncos.

Arboles, árboles, siempre árboles...

Ya arriba, en el claro que se abría en círculo, las carretas hicieron el alto definitivo. Bajaron todos y un gran movimiento empezó, yendo y viniendo entre grandes voces y risas, hombres, mujeres y niños, ocupados en desenyugar, en buscar leña, en traer agua, en prender fuego, en recoger piñones, en preparar la comida.

—Qué se me haiga olvidado la sal... ¿No tenís vos una poquita que me dis?—dijo Clementina.

—Ya voy a darle—contestó María Rosa que de pie en la carreta descolgaba sus trastos.

—Hasta los mismos calzones se te ven, condená... Mirá, aguaita quen te está mirando que te traga.

María Rosa se dejó caer de rodillas en la carreta y volviendo la cara al sitio que Clementina le indicaba con el gesto, se encontró con Pancho Ocares que la miraba fija y sostenidamente.

—Me tiene más fregá este mozo... —murmuró molesta.

—Sus gabelas tiene ser la Flor del Quillen—dijo Clementina, riendo luego con todo el cuerpo en una alegría bestial que en lo hondo era sólo envidia.

—Yo no sé di'onde han sacao esa lesera de mentarme así.

—Pero niña ¡no seáis fonta! Ejate querer y riete e too. Si no juera por la risa nos pasaríamos la vía llorando. ¡Ja! ¡Ja!
—y reía, convulsionada, jadeante, terminando en hipo prolongado.

—Cada uno tiene su moo e ser.

—El tuyo agora me está gustando hartazo. Tenís razón, hijita,

pal güey viejo no es el pasto tierno... —la miraba con una malicia aguda en las pupilas muy negras.

—¿Qué querís icir con eso?—preguntó la otra violentamente.

—Tú bien sabís...

—Yo no sé na... y no me gustan las medias palabras —la barbilla le temblaba en la ira y los ojos, como puñales, se hundieron en los de Clementina que bajó los párpados.

—Güeno, güeno—dijo disculpándose y agregó humildemente: —¿No me querís dar la sal?

—Aquí está. Tome.

María Rosa refrenó su ira y sin alteración aparente abrió el canasto, entregando un puñado de sal a la mujer.

—Muchas gracias. Ya sabís que si en algo pueo servirte con too gusto lo haré... —sonreía taimada, contraponiendo las palabras y el tono a la intención oculta.

Y se alejó sonriendo siempre, saco de sebo lleno de feas malicias, pero saco prometedor de placeres carnales, que encendía una chispa de lujuria en los ojos masculinos que encontraba al paso.

Era una mozarrona exuberante de formas que vivía con el mayordomo «así no más», teniendo fama de mujer fácil y temible por lo chismosa y enredadora.

Ceñuda la miraba María Rosa alejarse, pensando que entre Pancho Ocares cortejándola descaradamente y aquella mala hembra de Clementina con sus suposiciones ofensivas, iban a amargarle los días que pasaran en la montaña.

Como en años anteriores, con otros pobladores de la hacienda, don Saladino y María Rosa iban en busca de piñones, el alimento básico del montañés durante los largos meses de invierno, cuando los caminos son barrizales intransitables y la lluvia y la nieve aísla las pueblas del villorrio cercano.

Los días que siguieron a la declaración del mozo fueron para María Rosa de angustiosa alerta. No se sentía en seguridad sino en la casa, encerrada, a obscuras. Los quehaceres la obligaban a salir de su guarida y era para ella un suplicio ir de la casa a la cocina, con los ojos avizores escudriñando los ho-

rizontes, con el oído tenso a todo rumor, hiperestesiados todos los sentidos por la posibilidad de un encuentro con el mozo. No dejaba que los perros la abandonaran un instante y para mayor certeza de defensa, traía un rebenque colgado a la cintura.

Estos sobresaltos y estas precauciones eran bien inútiles, porque Pancho Ocares no daba señales de vida, y María Rosa fué poco a poco tranquilizando, diciéndose que la fiereza de su actitud había ahuyentado para siempre al mozo, y que además había hecho bien ocultando el incidente a don Saladino.

Pero a medida que este sentimiento de seguridad aumentaba al correr de los días, iba notando que otro sentimiento de desencanto, de vacío, de tristeza inmotivada, surgía del fondo de su ser.

A fuerza de preguntarse anhelante todas las mañanas:—¿Qué iría a pasar hoy? y ver por la noche que no había pasado nada, pero absolutamente nada, el día en que María Rosa se convenció de que no debía esperar nada, de que ya nunca pasaría nada, de que su vida sería una sucesión de días iguales, sin nada, pero nada que diferenciara uno de otro, se echó a llorar desesperadamente, sintiendo que en realidad su vida entraba en la nada.

Entonces se refugió en el recuerdo de Pancho Ocares, reviviendo con una intensidad que llegaba a hacerle daño cuanta entrevista tuvieran. Tenía la carne limpia de fiebre de deseo. Aquel vértigo que la cogiera en su espiral una tarde había pasado. Ahora vivía sólo de recuerdos proyectados sobre la tela blanca de sus horas.

La reacción, la vuelta a la ira, se produjo al ver a Pancho formar parte de la caravana, agregado a la carreta de Clementina y comprender que alguna confianza le había hecho a la moza, ya que en cuanto la viera empezó a lanzarle pullas, alusiones y bromas malévolas.

¿Qué mentira le contaría Pancho para que así se atreviera a hablarle? Y no sólo era Clementina quien la hostigaba. María Rosa veía en todos los ojos una muda pregunta maliciosa. ¿Qué quería decir aquello? ¿La creerían acaso en relaciones con el mozo?

Queriendo parecer natural componía una actitud afectada. Hasta entonces—en ocasiones semejantes—se la rodeaba de atenciones, consultándola para todo, haciéndola palpar el sitio aparte en que la tenían. Ahora los hombres la trataban familiarmente, de igual a igual, y las mujeres—salvo Clementina—la aislaban, convirtiéndola en blanco de miradas y cuchicheos.

Sin saber cómo, sacó de las prevenciones un pedazo de charqui, un trozo de repollo, papas, cebollas, choclos, ají verde, colocándolo todo en una olleta y con ella en una mano y en la otra el tarro, se fué a la fogata que en el centro alzaba su lengua roja, vahorosa de negro humo.

Atardecía en una dulzura infinita de gamas. Nubecillas rosadas se iban disgregando en girones traslúcidos, apenas perceptibles, que terminaban por diluirse en la tonalidad azul del cielo. El sol bajaba palideciendo y ya su enorme disco podía mirarse sin que cegara. Y cuanto más descendía, más perceptible se iba haciendo la luna en creciente, fuentecilla de plata, bebedero de ensueños de todos los sedientos.

Al roce del sol la cordillera se teñía de rosa para luego ser azulina. En los flancos de Lonquimay los rodados marcaban su paso con una línea blanca, deslumbradora, que iba a perderse en la sombra de un precipicio; el Llaima se choperoneaba con una nube opalina y el Mocho mostraba las aristas agudas de su molar fulgurante de nieve.

Hacia el poniente el paisaje se perdía en la verde
masa de los árboles rumorosos y fragantes,
manchados de ocre por los claros y de
plata por las torrenteras.